

Thalita Rebouças

*Confesiones de una
chica invisible,
incomprendida y (un poco)
dramática*

Traducción de Rosa Martínez-Alfaro

 **Planeta**

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Confissões de uma garota excluída, mal-amada e (um pouco) dramática*

© Thalita Rebouças, 2016

Publicado por mediación de Melsene Timsit & Son, Scouting and Literary Agency

© 2021, Traducción: Rosa Martínez-Alfaro

© 2021, Editorial Planeta, S. A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Canciones del interior:

Página 46: © *Como una ola*, 1981 Sony Music Entertainment (España) S. A., interpretada por Rocío Jurado

Página 133 © *Clocks*, Parlophone Records Ltd. a Waner Music Group Company, interpretada por Coldplay

© Imágenes del interior: Fernanda Mello & Angelo Allevato Bottino

Primera edición impresa en España: noviembre de 2021

ISBN: 978-84-08-24981-8

Primera edición en formato epub México: febrero de 2022

ISBN: 978-607-07-8460-6

Primera edición impresa en México: febrero de 2022

ISBN: 978-607-07-8331-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

*Para José, alias Nininho, el mejor abuelo
del mundo, que me quiso muchísimo.
Hizo que me gustara la lectura y es,
sin duda, el ángel más agradable
que hay allá arriba*



UNA BONITA MAÑANA SOLEADA me desperté alocada. Lunática. Chiflada. Loca de remate. Tarada. No es que lo pensara yo. No es que yo misma lo creyera. Quien hizo esa enfática y pausada afirmación fue mi madre, mientras desayunábamos, avisándome que había pedido cita en el psiquiatra para mí aquella misma tarde.

En mi opinión, quien necesita en realidad un psiquiatra es el resto de mi familia y no yo. Dudo de que algún médico les firmara un certificado de salud mental.

—¿Por qué crees que tengo que ir al psiquiatra, mamá? —le pregunté armándome de paciencia, intentando tomármelo en serio.

—¡Porque no eres normal, Tetê! —me aclaró mi madre suuuuperadorable.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo que no soy normal? ¿Piensas que estoy loca, en serio? —¡Dios mío, dame fuerzas...!

—¡No estás loca, eres una loca, Tetê! ¡Desde que naciste! —Mi abuela Djanira entró en la conversación, supermegaultraadorable, realmente cariñosa, y riendo a carcajadas. (¡Eh, carcajeándose! ¡Muriéndose de risa!)

—¿Puedo saber por qué piensas que estoy loca? ¿Cuáles son los motivos concretos que te hicieron llegar a esa brillante conclusión?

—Mira, Tetê, no te ríes, siempre estás de mal humor, enojada con el mundo, no hablas, no tienes amigos, no tienes novio, te escondes por los rincones, solo escuchas música triste, ves películas tristes y lees libros tristes —enumeró mi madre. Hizo una pausa para respirar y siguió—: No haces deporte, no sales, no bailas, no te da el sol, no comes dulces, no te gusta la Nutella, no te pintas las uñas, no te depilas el bigote. Solo te ves feliz en la cocina. ¿Dónde se ha visto eso? ¿Te parece normal?

Está bien. O sea, ahora era anormal. Oficialmente una loca.

Y tenía bigote.

Al menos, para mi familia. Ese era su diagnóstico y también querían que lo confirmara un certificado médico.

Lo de la cocina tiene una explicación: me ENCANTA cocinar. Solo pienso en comida y, modestia aparte, en las hornillas soy muy pro. Soy prácticamente una Jordi Cruz con falda. (Aunque no me ponga una ni bajo tortura, me da mucha vergüenza enseñar las piernas.) Cocinar es algo que puedo hacer sola, sin que nadie me juzgue y, encima, tiene

la ventaja de que, después, puedo comerme el resultado. Así que es como mi hobby, mi pasatiempo.

Nada más se sentó a desayunar, le pedí la opinión a mi padre.

—Papá, ¿por casualidad tú también eres del bando de los que piensan que estoy loca?

—¿Cómo? ¿Loca? ¿Tú? ¡Pues claro que no, Tetê! —respondió con la mayor naturalidad.

—¡Oh, gracias! —exclamé aliviada. Alguien con dos dedos de frente en la casa.

Al menos una persona se daba cuenta de que de anormal yo no tenía ni un poco. ¡Soy una adolescente, carajo!; respiré más tranquila. Pero mi padre siguió hablando, haciendo que mi tranquilidad se esfumara.

—Estás triste porque no sales con nadie, hija...

¡Demonios! No puedo creer lo que estoy oyendo...

—¡Justo lo que le dije yo! —Mi madre entró en la conversación—. A su edad, las chicas se citan con algún chico, salen, se divierten...

—Eso no es ningún problema, Tetê. ¡Da igual que las chicas de tu edad ya tengan novio! ¡Tú no necesitas besar a nadie para ser feliz!

¡Qué fuerte! ¡Cuánto sentido común! Si bien era cierto que me gustaría besar a alguien, algo que no había hecho en la vida, esa no era la cuestión. O sea, no era solo esa la cuestión.

—Sé que no salir con un chico hace que estés un poco triste, pero, créeme, algún día le gustarás a alguno. ¡No te van a ignorar toda la vida! Quiero decir que no te vas a sentir rechazada toda la vida.

¿Ahora resultaba que también me rechazaban? Carajo, papá... Cómo me gusta lo que acabas de decir... ¡Ni hablar!

—Papá, no salgo con nadie porque, por ahora, no he conocido a nadie interesante. —Intenté entablar una conversación «normal», pero ya estaba muy enojada...

—¿Y Joaquim, el de aquí, el del edificio, el que vive ahí detrás? —preguntó mi madre.

—¡Estás demente! ¡Tiene doce años! Y yo quince, ¿o no te acuerdas? —contesté, al borde de un ataque de nervios.

—¡Dios mío, juraría que tenía más! —replicó mi madre, fingiendo sorpresa.

—¡Oh, Helena! ¿Joaquim no es el hijo alto y flacucho de Jurema? —preguntó mi abuela.

—¡El mismo que viste y calza! —respondió mi madre.

—¡Ay! Pues ese chico es un buen partido, Tetê. ¿Cuál es el problema con la edad? ¡Es alto, boba! Puede pasar por quince fácilmente. Y tú le gustas, ¿o no te has dado cuenta? —puntualizó mi abuela.

—¡Dejen a la chiquilla en paz! —Mi abuelo José intervino en mi defensa, como de costumbre.

Mi abuela ignoró a mi abuelo:

—¿Cómo que «dejemos a la chiquilla en paz»? ¡Esto es amor! Cariño, los padres de Joaquim tienen una buena situación económica. Vale la pena atacar, ¿no? ¡Vayamos todos a su próxima fiesta de cumpleaños!

Me levanté de la mesa sin decir palabra y me encerré en mi habitación, alucinada con el diálogo de aquella familia que había perdido la cabeza. Solo salí para ir a la consulta del psiquiatra, que también era psicólogo, según me contó

mi madre después. A lo mejor podría ayudarme, como mínimo a tranquilizarme, y me enseñaría a lidiar con tanto chiflado como había a mi alrededor. ¡Tratándose de un médico de locos, al menos tendría experiencia!



MI MADRE ME LLEVÓ a la consulta, claro. Obviamente, enseguida comprendí que un psicólogo no es un profesional que se ocupa de los locos o de la gente anormal, sino que es una persona que hace que la gente piense, que se evalúe y se conozca mejor.

Cuando la puerta del consultorio del doctor Romildo se abrió y me llamó para entrar, vi que era un simpático señor canoso con unos lentes divertidos.

—Eres la siguiente, puedes pasar —dijo, mirándome y gesticulando para que entrara.

—¿Voy con ella? —preguntó mi madre, ya de pie.

—No, puede esperarla aquí fuera. O, si lo desea, puede ir a dar un paseo y volver dentro de cincuenta minutos, ¿de acuerdo? —contestó él con toda la calma del mundo.

—No, gracias, me quedaré aquí mismo. ¡Ay, Dios mío! A ver si se lo cuentas todo, ¿eh, Tetê? Abre tu corazón, bebé. Si necesitas cualquier cosa, mamá estará aquí fuera.

Nadie se merece que la llamen «bebé»...

—Está bien... —contesté resignada.

—¡Mamá te quiere! ¡Mamá te quiere, bebé! —gritó antes de que se cerrara la puerta del consultorio.

El doctor Romildo se rio.

—¿Siempre es así?

—Casi siempre —respondí sincera, pero mirando a mi alrededor y dudando de cómo actuar. Me decidí a preguntar—. Nunca he ido a un psicólogo. ¿Qué tengo que hacer? ¿Me siento, me pongo de pie, me acuesto, me quito los zapatos?

El doctor Romildo se rio de nuevo.

—Como quieras, como te sientas más cómoda. Puedes sentarte allí. Respira, relájate. Y después solo tienes que decir lo que te pase por la cabeza, Teanira.

¡Un momento! ¡Un momento!

¡Sí! ¡Lo has leído bien! ¡Qué pena tan grande! ¡El horror de los horrores! Mi nombre es realmente Teanira. TE-A-NI-RA. ¿Acaso alguien que se llame así puede ser feliz al cien por ciento?

No, no puede, de ningún modo.

—Bueno, pues ya que usted mismo ha tocado el tema, empecemos por mi nombre. Creo que parte de mi tristeza viene de ahí —empecé diciendo—. Es la unión de Tércio y Djanira, los nombres de mi abuelo paterno y de mi abuela materna. Me lo pusieron mis padres para rendirles un ho-

menaje y así... Pero es una aberración tremenda, ¿no le parece, doctor Romildo?

—Puedes llamarme solo Romildo, querida, pero, eso sí, de usted.

—Ah, está bien, Romildo. Entonces, sigo... Por suerte, desde pequeña me llaman Tetê, porque Teanira no me gusta. ¡No me gusta nada! —exclamé desahogándome, percatándome de que la situación no me estaba resultando tan rara como me había imaginado—. Pero no es solo el nombre tan raro que tengo lo que me angustia. Sé que estoy lejos del patrón de belleza actual, que uso lentes para corregir las cinco dioptrías y media que tengo, que uso *brackets* para que los dientes estén en su lugar, que me salen unos granos asquerosos en la frente y que no me invitan a ninguna fiesta ni evento. Y hay una cosa en la que sí coincido con mi madre: que no sonrío mucho.

—¿Y por qué no sonríes, Tetê?

—¡Y yo qué sé, no veo por qué hay que sonreír sin ton ni son!

Romildo no respondió ni que sí ni que no. Ni siquiera arqueó las cejas ni asintió con la cabeza. Me quedé sin saber si estaba o no de acuerdo conmigo. Con las manos me hizo una señal para que siguiera hablando.

—Ah, que le hable más de mí, ¿no? Pues está bien... Soy sensible hasta el punto de llorar en el último capítulo de una serie que nunca he visto, no me gusta depilarme las axilas, me parece que es una cosa machista, y no siento la menor necesidad de ponerme cera caliente en el bigote. Siempre he tenido una pelusilla dispersa, se lo juro, pero

después del ataque de esta mañana de mi madre lo estoy repensando.

—Ajá...

¿Ajá? ¿Solo eso? ¿Le estoy hablando de algo tan serio como depilarse el bigote y me responde así? ¡Ay, ya sabía yo que no iba a haber química entre el psiquiatra y yo...!

—¿Ajá? —pregunté, para que viera que «ajá» no es algo que se le diga a una adolescente que está confesando sus intimidades, contando lo de los pelos de su cuerpo.

—¿Y tus amigos?

Ah, está bien, ya está. Lo entiendo. Quería que le hablara de cosas más, en plan... ¿Cómo diría? Profundas. E importantes. Los amigos son más importantes que los pelos del bigote y de la axila, eso es un hecho.

Pero...

—No tengo amigos.

—¿Cómo que no?

«Pues no. Si le dije que no tengo amigos es porque no tengo», me dieron ganas de contestar. Ya estaba deseando largarme de allí. Me sudaba muchísimo el trasero (sí, me suda el trasero). No sé si de aburrimiento o de nerviosismo.

Nerviosismo. Otro hecho.

Enseguida caí en la cuenta de que lo que Romildo quería era que desarrollara el tema de los amigos, pero a mí no me daban ganas de hablar del asunto...

—No —repetí seca.

—¿Por qué no tienes amigos?

¡Dios mío! No sabía ni por dónde empezar a hablar de amistad.

—Y yo qué sé. La única amiga que he tenido fue Jade, una niña a la que creo que le caía bien, que me defendía como una fiera, una chica estupenda. Pero al cabo de tres años se mudó y, de nuevo, me sentí solitaria y desprotegida.

—¿Solitaria y desprotegida? Hum... Interesante elección de palabras...

—¿Sí? —pregunté curiosa. ¿Qué querría decir una «interesante elección de palabras»? Me pareció mejor darle una explicación—: Me siento solitaria porque no soy de hablar mucho, porque mi nombre me produce timidez, porque no tengo amigos, y me siento desprotegida porque lloro por los rincones de vez en cuando. Y me gusta la música triste. A veces, escucho a Adele en repetición, *I'm with You*, de Avril Lavigne, o cualquier canción con la que me entren ganas de llorar.

—¿Lloras mucho?

—Antes lloraba más. Siempre pienso que soy la persona más triste del mundo. Y ni siquiera sé si tengo un motivo, varios o ninguno para hacerlo, ¿lo entiende o no? A veces es por algo en concreto, por algo que me parece una tonte-ría, por el tipo de sabor de un chicle, por ejemplo.

—¿Por el sabor de un chicle?

—¡Sí! Todo el mundo en mi familia sabe que odio la canela, pero solo compran chicles ¿de qué? ¡De canela! Entonces, se los reparten y yo me quedo sin nada. Después van y me dicen que no quieren que me sienta excluida...

—Hum...

¿Hum? ¿Solo «hum» otra vez? A continuación le dije una frase con efecto para que dejara de reaccionar de manera tan simple ante mis sentimientos:

—Creo que la vida es una enorme injusticia.

Y él me lanzó una frase increíble:

—¿Por culpa del chicle de canela?

—¡No! ¡Claro que no!

—Era una broma.

«Carajo, usted no tiene ni idea de como hacer bromas...», quise replicar.

—Continúa —me pidió.

—Alguna vez pensé en suicidarme, pero nadie lo sabe. Hasta me da vergüenza contarle.

—Que no te dé vergüenza contar nada, Tetê. Nada de lo que se diga aquí saldrá de aquí.

Buf... Menos mal...

—Me da vergüenza porque... Se me pasó enseguida, fue un impulso desconocido que me dio cuando descubrí la verdad sobre Gustavo Sampaio.

Con solo escucharme a mí misma al pronunciar ese nombre, todas las vísceras del cuerpo se me revolvían como locas.

—A mí me gustaba Gustavo Sampaio y creía que a Gustavo Sampaio le gustaba yo. Pero comprendí que no tenía ningún sentido dejar de vivir por culpa de un chico. Así que preferí tomar una decisión más inteligente: no enamorarme de nadie nunca más.

¡Y es verdad! No exageré, ¡en serio! Estaba decidido, superdecidido, mucho más que decidido. Si amar era sufrir, prefería sufrir por otras cosas. Y no son pocas las cosas que me hacen sufrir. La gran decepción de mi vida fue Gustavo Sampaio. En mi antiguo escuela, en Barra da Tijuca, donde

vivíamos hasta finales del año pasado, fue el único chico que habló conmigo una vez.

—A nadie le caía bien, ¿sabe, Romildo? Y nunca supe por qué. Entonces un día, a la hora del recreo, Gustavo Sampaio se acercó a mí y me desahogué con él. Le dije que me sentía una piltrafa humana. Algunas veces tiendo a ser un poco *drama queen*, pero le juro que las palabras salieron directas de mi corazón al oído de Gustavo Sampaio. Y todavía hoy me acuerdo de su reacción. Fue así, mire:

—Claro que no. La gente te tiene envidia, Tetê. Eres la preferida de los profesores, sacas muy buenas calificaciones.

—¿Y ese es un motivo para que me tengan envidia?

—Claro. Eres inteligente, pero no dejas que te copien, no compartes tu conocimiento. Y, encima, eres guapa. Nadie soporta a una chica inteligente y linda.

—Guapa. GUAPA. Gustavo Sampaio me llamó «guapa». Casi me muero. ¡Romildo, no tiene ni idea de lo que significaba que un compañero como Gustavo Sampaio te diera un piropo! ¡Era perfecto! ¿Sabe lo que es un chico perfecto? ¿Muy perfecto?

El psicólogo me dejó con la palabra en la boca. Intenté explicarle lo que significaba ser una chica desaliñada, regordeta, que se siente rechazada, y que alguien como Gustavo Sampaio le diera un piropo:

—Carajo, nunca nadie, nadie, de sexo masculino que no fuera de mi familia me había llamado «guapa». Aunque... Pensándolo bien, los elogios a mi apariencia nunca han for-

mado parte de mi realidad. Ni mi padre, ni mi abuelo, ni mis primos, ni mis tíos... ¡Nadie abría la boca para mencionar mi belleza o su ausencia! Y, entonces, va y aparece Gustavo Sampaio, que estaba bueno a rabiar, y ¡toma!

—¿Toma?

—¡Toma! ¡Me suelta un piropo y toma!

¿Cree que Romildo se manifestó de alguna forma? ¡No dijo ni *mu*! Ni siquiera ante la cantidad de información relevante que le acababa de revelar. ¿Tanto le costaba poner cara de buena persona y decirme que sí, que era guapa? Bueno, está bien, puede que «guapa» fuera una exageración. Pero linda, al menos, ¿no? Sé que no lo soy, pero ¿acaso los psiquiatras y los psicólogos no existen para subir el ánimo de la gente? Pues parece ser que no... Okey, se acabó el inciso. Vuelvo a mi sesión de terapia...

—Sonreí de oreja a oreja cuando oí aquel piropo de Gustavo Sampaio. ¿Sabe lo que es una sonrisa pronunciada? ¿Una sonrisa con toda la boca? ¿Una boca desencajada, una boca descontrolada? Hum... Por la cara que pone, veo que no tiene ni idea. La verdad es que no podía parar de sonreír. ¡Simplemente no podía! Bueno, pues desde aquel día en adelante Gustavo Sampaio y yo pasamos a tener bastante relación. Nos volvimos inseparables. Él venía a mi casa y yo le preparaba mi sensacional *cupcake*, estudiaba con él, veía la tele con él, veía videos de YouTube con él... Cuando me contó que me odiaban por el simple hecho de ser una buena alumna, llegué a pensar en sacar malas calificaciones a propósito para que me aceptaran, pero él, que siempre quería motivarme, me quitó la idea de la cabeza.